

El sitio donde se fundó la ciudad, según el intérprete Mendocino, estaba todo anegado de agua, con grandes matorrales de tules y carrizos. Sin embargo, había una especie de encrucijada de agua limpia y desocupada de los tules y carrizales, encrucijada que tenía la forma á modo de *aspa de San Andrés*, y casi en medio de ella, sobre una peña, hallaron los *mexica* el *tenuchtli*, y posada sobre él, una hermosa águila caudal, que según unos, devoraba á un pájaro, y según otros una culebra.

En el lugar elegido había un manantial que brotaba al pie de una blanca sabina, y muchos sauces alrededor, también todos blancos, sin una hoja verde, «y todas las cañas y espadañas eran blancas; y estando mirando todo esto con grande atención (los mexicanos), comenzaron á salir del agua ranas todas blancas y muy vistosas; salía esta agua de entre dos peñas tan clara y tan linda que daba gran contento.» (1)

¡Toda esta blancura no era más que un dulce recuerdo de la misteriosa Aztlán!

A la ciudad le pusieron por nombre los fundadores México-Tenochtitlán. El primer nombre, gentilicio de la tribu, y el segundo, topográfico, por haber hallado allí el tunal.

Esta ciudad primitiva estaba limitada á lo que es hoy plaza principal y edificios circunvecinos, y unida por la parte del Norte á Tlatelolco, por tierra firme, aunque separada por un canal ó acequia.

Lo primero que hicieron los mexicanos fué levantar humilde templo á su dios, y en el contorno fabricaron pobres jacales de ramas y cañas.

Poco á poco la ciudad fué creciendo: la isleta no fué suficiente para la población, y los mexicanos, siempre tenaces é industriales, empezaron á rodear la tierra firme de chinampas ó huertos flotantes en el lago; pero que no sólo les servían para sembrar, sino que en ellas edificaban sus casas de adobe ó carrizos. Estos camellones, que á veces alcanzaron grande extensión, unidos entre sí, afianzados con estacas y las raíces de las plantas en el fondo del lago, que no tenía gran profundidad, dieron origen á muchas man-

(1) *Códice Ramírez*, pág. 31.

zanas de casas y calles, como dijo acertadamente D. José Fernando Ramírez. Fué labor inmensa, continua y lenta; pero al través de los tiempos ensanchó la porción mezquina de tierra firme en donde habíase fundado la primera Tenochtitlán.

El material mismo empleado en las primitivas casas, y el ser éstas de un solo piso en su mayor parte, facilitaron mucho la edificación en este terreno. Además, las calles estaban distribuídas de tal modo, que contribuyeron también á la constitución topográfica del subsuelo.

Las calles eran principalmente de dos maneras: unas todas de agua, de modo que no se podía pasar de una parte á otra sino en canoas ó *acallis*; á estas calles correspondían las espaldas de las casas y los camellones ó chinampas, donde sembraban maíz y legumbres, los cuales camellones estaban divididos por zanjas de agua, muy profundas, atravesadas por puentes, y adonde daban las puertas falsas de las habitaciones: otras calles eran todas de tierra, pero no muy anchas, antes bastante angostas, pues al decir de un cronista «apenas podían ir dos personas juntas,» y á estas calles ó callejones, salían las puertas principales de todas las casas, y eran las del recibimiento de las casas que se servían por tierra.

Con el tiempo, como veremos más adelante, se levantó este primer piso de la ciudad y se construyeron calzadas de piedra, que dieron origen á otra tercera clase de calles de tierra y agua, las que se conservaron todavía muchos años después de la Conquista por los españoles.

Los dos grandes canales de agua que encontraron en la isla los *mexica* cuando fundaron la ciudad, y que se cruzaban como hemos dicho en forma de *aspa de San Andrés*, dividieron naturalmente la ciudad primitiva en cuatro grandes barrios, *hueicalpulli*, como decían ellos, los cuales fueron designados con los nombres indígenas de Cuepopan, Atzacualco, Teopan ó Zoquipan, y Moyotla, que corresponden respectivamente á los barrios españoles de Santa María, San Sebastián, San Pablo y San Juan, ó sea á los cuadrantes N. O., N. E., S. E. y S. O.

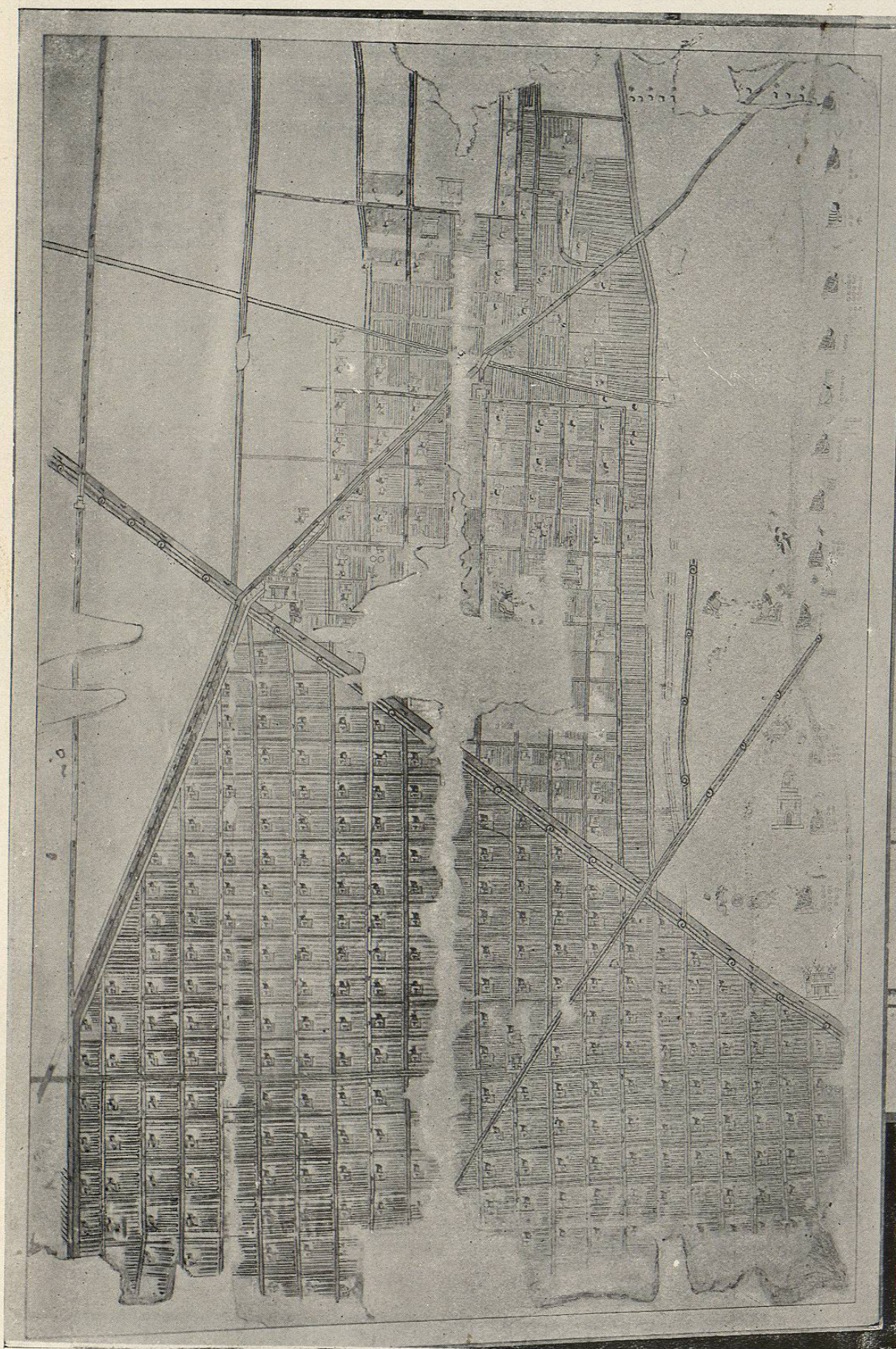
Para comunicar los pueblos cercanos con la isla que cada día se ensanchaba, se unieron los pequeños y aislados islotes por medio



de estacadas, con muros de piedra rellenos de tierra y césped, y así se construyeron cuatro calzadas: una al Norte llamada del Tepeyac, que comenzando enfrente de una de las puertas del gran *teocalli*, terminaba en el pueblo de aquel nombre; otra al Poniente que comenzaba también en otra de las puertas del templo y llegaba hasta el pueblo de Tlacopan ó Tacuba; otra al Sur que iba hasta Itztapalapan, y la última que se unía con ésta en el fuerte Xoloc y comunicaba con el pueblo de Coyoacán. Sospecho que también había camino, aunque no de piedra, desde la puerta Este del gran Teocalli hasta el Peñón de los Baños.

Para facilitar las comunicaciones por medio del agua, para gobernar hasta donde era posible la que penetraba en la ciudad, del lago de Tetzaco, y darle salida por los cuatro rumbos de la ciudad, los mexicanos, siempre hábiles é industriosos, idearon un sistema de canales que les produjo excelentes resultados, mientras la cantidad de líquido que eran capaces de contener los vasos de las lagunas no excedió á éstos.

Al efecto, paralelos á las calzadas de piedra, hicieron cinco grandes canales: uno central, otro al Norte, otro al Sur, otro al Este y otro al Oeste. El central que corría de Este á Oeste dejó sus huellas en la acequia ó zanja que venía desde el Puente de la Leña, de un lado del Palacio Nacional, frentes de los portales de las Flores, Diputación, Agustinos, etc., hasta los muros del ex-convento de San Francisco, hoy calles de la Independencia. El septentrional, de Este á Oeste, que pasaba detrás del templo de Santo Domingo y que dejó rastros de su existencia en los Puentes de Leguísamo, San Pedro y San Pablo y el Cuervo, etc. El austral, de Este á Oeste también, é indicado por los Puentes del Fierro, de Jesús, de San Dimas ó Venero y de la Aduana Vieja. El occidental, que seguía la Calzada de Santa María y calles de Santa Isabel, San Juan de Letrán, Hospital Real, San Juan, etc., cuyos puentes estaban en el Zacate, la Mariscala, San Francisco, Quebrado y Peredo. El oriental, del cual quedan restos desde el Puente de la Leña hasta el canal de la Viga. Estos dos últimos canales corrían de Norte á Sur. Había además otros que comunicaban entre sí á los principales, y el que limitaba á México-Tenochtitlán con la ciudad de



*Plano geroglífico de México, antes de la Conquista, que se conserva en el Museo Nacional.*



Tlatelolco, que fué incorporada á la de México desde el reinado de Axayacatl.

Esta red de canales y calzadas proporcionó á la vez una nueva subdivisión en veinte barrios menores, de los que correspondían cinco á cada uno de los *hueicalpulli* de Cuepopan, Atzacualco, Teopan ó Zoquiapan, y Moyotla. (1)

Todo esto que consignamos, como dice el Sr. Chavero, es en el supuesto de darle á la isla una forma regular que no tenía; pero para facilitar la explicación, hemos convenido en hacer paralelos los canales y las calzadas, aunque su paralelismo no era del todo perfecto.

Gozaban tranquilos los *mexica* de las comodidades que les proporcionaba tan ingenioso sistema para dar curso á las aguas de la ciudad, orgullosos por las conquistas que habían hecho y bajo el reinado de Motecuhzoma Ilhuicamina, llamado el viejo, *huehue*, para distinguirlo del segundo monarca de este nombre, cuando les sobrevino la primera y terrible inundación que padeció la gran Tenochtitlán, desde que la tribu había sentado sus reales en este sitio.

No están de acuerdo los historiadores sobre la fecha exacta de esta primera inundación, pues mientras el docto Clavijero la fija en el décimo año del gobierno de Motecuhzoma, ó sea el de 1446 de la era vulgar, fecha que han seguido muchos escritores, el no menos docto Orozco y Berra opina que fué el año *IX calli*, correspondiente al de 1449, y se funda en que Clavijero fijó la catástrofe en el décimo año del reinado de Ilhuicamina, no habiendo sido sino en el noveno, como consta por Torquemada, y en que aquel monarca no comenzó á reinar en 1436 como asienta el sabio jesuita.

Sea de esto lo que fuere, el año fué de copiosas lluvias, lo que hizo subir el nivel de los lagos, cuyas aguas, al desbordarse en la parte baja de la Cuenca del Valle, produjeron el desastre.

Las aguas de la laguna de México crecieron tanto que se inundó toda la ciudad, y andaban sus moradores en canoas y barquillas, sin saber qué remedio tomar, ni cómo defenderse de tan grande ane-

(1) D. ALFREDO CHAVERO, *México á Través de los Siglos*, tomo 1.<sup>o</sup>—Reproduce los presentes datos del Sr. Chavero, aunque sin citar su obra, el Sr. D. Adrián Téllez Pizarro, en el interesante opúsculo "Apuntes acerca de los cimientos de México."